

¿Qué es la Antropología del Sur?

- Dra. Jacqueline Clarac de Briceño¹

¹ Profesora Titular, Antropóloga (UCV-1967), Doctora en Antropología (EHESS-1979). adscrita al Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Investigadora Nivel IV en el Sistema de Promoción del Investigador del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Directora-Fundadora del Boletín Antropológico, revista arbitrada e indizada. Directora y co-fundadora del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes. Fundadora y Directora del Centro de Investigaciones Etnológicas, Fundadora y Coordinadora de la Maestría en Etnología de la Universidad de Los Andes y el Doctorado en Antropología de la Universidad de Los Andes, Teléfono +58-274-2402344, e-mail:clarack@ula.ve, martinica@cantv.net

¿Qué es la Antropología del Sur?

Nadie en la antigüedad se identificó como “antropólogo” o como “etnógrafo”, a pesar de que antropología y etnografía estuvieron presentes en el pasado griego, por ej.: Con Homero y Hesíodo, entre otros, ya se consiguen definiciones del hombre como “comedor de pan”, agricultor, sacrificador de animales, buscador de matrimonio y destinado a la muerte... Ulises, en sus viajes descubre sociedades y culturas muy diferentes de la suya propia. Lo mismo Mileto en el siglo VI antes de nuestra era, y luego Heródoto, sobre todo, que describe para los griegos de su época una representación del mundo con sus distintos universos culturales, y establece una primera división de sociedades: Para él los Bárbaros vivían bajo la dirección de un rey, mientras que los griegos vivían en ciudades en las cuales tenían vida intelectual, hacían ellos mismos las leyes y las obedecían. Y los escritores Polibio y Posidonius, al servicio de los romanos para describir las costumbres de galos e hispanos, preguntaban: “¿Dónde habremos de colocar a los romanos, ya que no son ni griegos ni bárbaros?”...

La situación colonial, la divulgación de una historia de Venezuela muy poco documentada y orientada a mostrar a nuestro país como una región conquistada por los “civilizadores” españoles, sin los cuales no tendría sentido, y la visión medieval española de las culturas milenarias de nuestro continente como siendo costumbres de pueblos salvajes, idólatras, ignorantes, todo esto ayudó a la construcción de un imaginario colectivo, autodestructivo, aunado a la construcción de la vergüenza cultural resultante, constituyendo así un muro de ignorancia y de auto-incomprensión acerca de las propias raíces, acerca de la historia íntima y verdadera, para adoptar una historia impuesta por los colonizadores, muro contra el cual han tenido que luchar permanente, y durante décadas, los antropólogos venezolanos, a partir de la apertura de esta disciplina en su país a mediados del siglo XX.

Las “crónicas” escritas por los españoles acerca de “las Indias Occidentales”, dentro de su propia cosmovisión repleta de errores de todo tipo, de mitos y estereotipos europeos, muestran una visión de América a partir de su imaginario medieval de animales fantásticos inexistentes en la realidad (dragones y otros) pero cuya idea se vio reforzada por los animales desconocidos encontrados en nuestro continente (serpientes de un tamaño gigantesco, animales mezcla de rinoceronte y elefante, aves que hablan, perros mudos, árboles que se comen otros, plantas caníbales, etc...) y a partir de hechos de conquista que parecen más bien una historia de locos...

La herencia de todo esto ha creado ese imaginario colectivo negativo, culpable de graves problemas identitarios, colectivos e individuales, que ha dado a sus habitantes la impresión de vivir en un país desconocido, rodeado de gente peligrosa y bárbara...lo que terminó creando también entre nosotros y nuestra literatura el “realismo mágico”...

El hecho que hasta recientemente se cazara en las sabanas de Apure a los indígenas como si fuesen animales, y que se los matara en este “deporte” con impunidad asegurada, o que, en 1984 invadieran las tierras amazónicas de los Piaroas (huottujas) unos caraqueños ricos y que nadie se preocupara por esto; que una historiadora de la ULA a quien yo participaba lo ocurrido me mirara con ojos escandalizados, sorprendida porque yo pudiera interesarme por algo tan insignificante, y que me contestara por fin: “Y qué importa? Son unos pobres indios...es bueno que esos industriales caraqueños les lleven la civilización” muestra que hemos vivido en un país que no se ha conocido a sí mismo... Hace poco tiempo, en el Museo Arqueológico de Mérida, yo estaba evaluando una película que unos alumnos de la maestría me estaban editando acerca de los rituales de ofrendas a la Laguna de Urao en Lagunillas de Mérida, por los indígenas Kinaroes, Guazábara y Kinanoques, y me acompañaban una secretaria y una joven bedel, ambas estaban admiradas que hubiera “esas cosas” en Mérida y que ellas, merideñas, no lo supieran (Lagunillas está sin embargo a media hora de la ciudad de Mérida). Ni siquiera sabían que “hay indígenas en Mérida”, así como no lo sabían tampoco los diputados de la Asamblea Constituyente en 1999, y nos costó mucho a mi grupo de investigación y a mí, demostrar la existencia de esos indígenas que fueron “invisibilizados” a propósito desde finales del siglo XIX, a través de un “decreto nacional” elaborado naturalmente en Caracas (decreto que no sólo invisibilizó a los indígenas de Mérida, sino también a los de Trujillo, Falcón, Lara, Barinas, Apure, Anzoátegui, Monagas, Sucre...).

Un país cuya historia se construyó en base a cuentos de cronistas ignorantes o incapaces de comprender lo que veían; de esto ya se preocuparon un Lisandro Alvarado y un Adolfo Ernst a finales del siglo XIX y principios del XX. Fueron los primeros en sugerir viajes de exploración para conocer nuestro país realmente en lugar de interpretarlo a través de la imaginación nada más, como sucedía todavía muchos años después de ellos, como en 1972, cuando la gran prensa nacional informó que un grupo de indios de Elorza se habían comido una niña de su grupo por hambre...

Los historiadores siguieron la consigna dejada por los españoles, a saber: escribir la historia de Venezuela como parte de la historia de España (se les facilitaba la tarea ya que no sabían investigar sin documentos de archivos) razón por la cual hemos creído firmemente durante cinco siglos en la población “criolla” (excluyendo a los indígenas, quienes siempre comprendieron el problema de alienación cultural que significaba “ser criollo” en una sociedad colonial) que no se podía hablar de historia en América antes de la llegada de los españoles y sin referirse a éstos, razón por la cual también lo anterior a 1492 se ha venido llamando sin despertar crítica alguna “Epoca Prehispánica”... Veremos más adelante la importancia de no repetir pasivamente la terminología.

La investigación sin trabajo de campo, es decir la que es solamente libresca, llamada falsamente “investigación teórica”, porque la investigación teórica es la que uno es capaz individualmente, o en grupo, de elaborar, ha llevado a muchos errores conceptuales por manejar a menudo información falsa, a veces imaginaria, y a conservar muchos estereotipos, muchos antivalores, y, en cuanto a nosotros en América Latina, nos ha llevado a conservar nuestra vergüenza cultural, a vernos a través de los ojos de OTROS a quienes hemos creído más inteligentes o mejor preparados que nosotros...

Les quiero ofrecer otro caso: Los arqueólogos Cruxent y Rouse elaboraron para el continente suramericano una teoría que llamaron “Teoría de la H”. Estemos o no de acuerdo con dicha teoría, en base a ella Venezuela se volvía un eje muy importante, ya que era el lugar de encuentro del maíz, de la papa y de la yuca...o sea: Era la barra horizontal de la H en nuestro continente. Es decir, nos veían esos arqueólogos como una “Área Intermedia”, un país a la vez caribe, andino y amazónico, como somos en efecto. Sin embargo, y esto es el problema de la interpretación sólo unilineal, sin intercambio entre investigadores de distintas disciplinas o subdisciplinas, sucedió que en 1988 FLACSO organizó en Quito un curso de postgrado de “Antropología Andina”, en el cual se inscribió una alumna mía de pregrado, estudiante trujillana; ésta propuso hacer su investigación en Trujillo, pero les rechazaron su proposición los organizadores de dicho postgrado, diciéndole que “Venezuela no era un país andino”...razón por la cual esa estudiante regresó escandalizada a Mérida.

Podríamos describir muchos casos de razones anteriores a la fundación de la Antropología del Sur, pero quiero pasar más bien a hablar de ésta y de sus raíces profundas...

En la década de los años 90, se estaba viviendo un momento difícil —hoy ya superado— de la antropología mundial, con el éxito en los EE.UU de la postmodernidad y las ideas de Geertz. El que haya surgido con tanta fuerza esta corriente en los EE.UU, a pesar de que fue fundada en Francia por el filósofo francés Ricoeur, es extraño, pero tiene que ver con una nueva actitud del neoliberalismo: La idea de que no se debía seguir financiando proyectos científicos sino a través de empresas, y en relación con las necesidades de éstas. No se vio la necesidad de seguir mandando antropólogos a otras regiones del mundo “subdesarrollado”, no interesaba. De ahí la necesidad del norteamericano de “reapatriarse”, cosa que no necesitábamos hacer nosotros en América Latina...La idea de Geertz de “abstraer el círculo hermenéutico del contexto histórico y existencial

del intérprete”(es decir, del antropólogo en este caso) es problemático y peligroso para nosotros, ya que, al importar estas ideas, tenemos que abandonar la idea de hacer historia, cuando apenas se ha empezado a hacer historia realmente en nuestro subcontinente, de modo que no podemos permitirnos dejar de lado nuestra historia. La situación sociohistórica del estadounidense es en efecto diferente de la de nosotros: Ellos no son descendientes de los primeros habitantes del continente norte, son historias separadas...y no tienen esos antropólogos ningún compromiso social con dichas comunidades indígenas, ni con las comunidades que acostumbraron estudiar anteriormente: las de América latina, o de África, o de Oceanía...así que se pueden dedicar ellos en el Norte a problemas metodológicos de descripción, por ej., porque además ésta es su tradición desde Franz Boas, fundador de la escuela estadounidense de antropología a principio del siglo XX; pero nuestros problemas aquí, los cuales nos confrontamos los latinos, no se reducen a problemas de descripción e interpretación, tenemos nuestros propios problemas cognoscitivos sociales e histórico-culturales que atender, así como las prácticas sociales que corresponden, ya que sujeto y objeto de estas investigaciones pertenecemos todos a una misma sociedad, la cual está ahora en un proceso de cambio intenso y todos somos actores de esto, de cualquier lado que nos colocamos. En lugar entonces de sólo contemplar positiva -o críticamente- las ideas metodológicas de nuestros colegas del Norte, hemos de trabajar, y urgentemente, sobre nuestras realidades aquí, sobre nuestra actualidad y sobre la reconstrucción de nuestras raíces históricas, sin lo cual seguiremos siendo dependientes científicos de los del norte. Ocuparnos de nuestros problemas de identidad, que son diferentes de los del norte, y dar este paso ahora mismo nosotros mismos, y no dejar que otros lo den por nosotros o decidan lo que hemos de hacer.

Lo que realmente cuenta para un antropólogo latinoamericano es abrirse hacia “otra realidad” que es al mismo tiempo su propia realidad, la que él vuelve así a encontrar desde lo más profundo de su ser; le permite romper con esquemas hechos, con los viejos prejuicios históricos, los cuales nos habían alienado, creando una conciencia cultural que no era la nuestra. Es decir, debemos despertar a la conciencia individual al mismo tiempo que a la conciencia colectiva de nuestra sociedad, y a una conciencia de la especie humana. Franz Fanon mostró la importancia de despertar a la conciencia individual dentro de una conciencia social alienada, y mostró que podíamos ayudar a nuestra sociedad a desalienarse. Esta es una de las tareas típicas de la antropológica “del Sur”-

Como hemos llegado en el Grial a concebir el método etnohistórico, como respuesta metodológica a todas las interrogantes que tenemos acerca del estudio de nosotros mismos...

La primera razón de complementar el estudio de los documentos de la historia “oficial” es que éstos fueron escritos con la visión del español y no de nuestra población autóctona americana, de modo que es parte de la historia de este continente, pero no se puede considerar como LA HISTORIA DE ESTE CONTINENTE. Por ejemplo, los documentos del tiempo de la Colonia en Mérida o en Trujillo nos muestran a menudo los juicios que los españoles hacían a los mojanos y otros médicos indígenas, pero estos temas son tratados superficialmente, sin entender su verdadero sentido, el cual puede ser revelado gracias a la etnología, por ejemplo, pues, a diferencia de otras regiones americanas -como los EE.UU., donde la población actual no es descendiente de la población indígena autóctona sino de europeos y africanos- no hubo “ruptura!” al llegar los europeos, como nos quisieron hacer creer durante mucho tiempo los historiadores hispanizantes, sino que, por lo contrario, ha habido cierta continuidad cultural, la cual se manifiesta hoy, al estudiarla, como una re-estructuración de culturas; de modo que el conocimiento etnológico que se puede tener de los actuales mojanos y yerbateros(as), permite comprender esos documentos de archivos, mostrando lo que está oculto tras la pobre interpretación de los españoles acerca de esos rituales tan complejos. Es necesario también el recurso a la arqueología, pues no es cierto que pasaron cinco siglos desde la llegada de los europeos y que desde entonces los que quedaban de los indígenas se retiraron a la selva, mientras que el resto de la población es “criolla” (en el nuevo significado de este término y no en su significado colonial) y su cultura hispanizante: La integración de los indígenas a la población criolla ha sido permanente, hasta hoy, de modo que sus culturas han alimentado sin cesar la cultura criolla, con variantes según las regiones, y la arqueología puede explicar muchas cosas, con la ayuda de la etnología, lo que los arqueólogos anteriores no entendieron.

Nuestros estudios han de ser, además transdisciplinarios, porque tenemos que ir más allá de la pluridisciplinariedad. La complejidad de todos nuestros enfoques y métodos dirigidos a un mismo análisis permite confrontar estos enfoques, métodos y sus resultados entre sí, y llegar poco a poco a una mejor y más profunda comprensión de nuestra naturaleza humana y nuestras formas socioculturales, a través del tiempo. En Venezuela se estudia el dengue: ¿Cómo colaborarán los antropólogos, los etnohistoriadores, etc., con el estudio del dengue? Ya nosotros hemos estado colaborando anteriormente mostrando los distintos sistemas médicos que co-existen en nuestra sociedad pluriétnica y, por consiguiente, plurimédica y también pluri-religiosa, pues enfermedad, terapia y religión están muy unidas en todas las sociedades humanas, pero muy especialmente en la nuestra.

Es también importante la necesidad de revisar nuestra terminología, ya que también hemos aceptado pasivamente hace mucho tiempo la que nos quisieron dejar los españoles; por ejemplo “ÉPOCA PRECOLOMBINA”, “ÉPOCA PREHISPÁNICA”... Hay distintas razones por las cuales es ridícula esta forma de referirnos al pasado latinoamericano, aunque nosotros también hemos repetido mecánicamente y pasivamente estas denominaciones hasta que tomamos conciencia de que son absurdas.

- 1) La razón más importante es que es absurdo referirnos al pasado de nuestras sociedades A PARTIR DE UNA REFERENCIA EXCLUSIVAMENTE EUROPEA. Es como si los españoles o los franceses se refirieran a sus antiguos habitantes como “Pre-romanos”! Nunca se les ocurrió esto a ellos y a sus historiadores. ¿Por qué se les ocurrió a nuestros historiadores esta forma aberrante y alienante de hablar de un pasado que se sostiene por sí mismo y no necesita de los españoles para existir?
- 2) Si vemos las fechas con las cuales ya contamos en arqueología para referirnos a dicho pasado: Tenemos mucho más de 2.000 años ya registrados para la Cordillera de Mérida, sin contar las fechas que tendremos con toda probabilidad para zonas como la del Anís, por ejemplo, más de 10.000 años sin duda, lo que ya ha sido encontrado para otras regiones del continente americano, como el estado Falcón, donde el Profesor Cruxent llegó hasta 14.000 y 15.000 años de antigüedad: Ni siquiera existía España como tal en esas épocas...ni se hablaba todavía español, ni siquiera hace 1.500 años...
- 3) Observemos que los historiadores y arqueólogos de los EE.UU y de Canadá no utilizan este término, sin embargo viven también en América y también han tenido población indígena...No pueden hablar ellos de “época prehispánica” porque los españoles no estuvieron en esos territorios del Norte, los cuales fueron ocupados por ingleses y franceses, pero hacen también el error de llamar esa época “Precolombina”...cosa que lamentan actualmente, desde que descubrieron que los vikingos ya habían llegado a Norte América en el siglo XIII...cosa que, por cierto, descubrieron gracias a la arqueología.

En estas condiciones el GRIAL ha venido poco a poco concibiendo, gracias a su experiencia y la permanente confrontación entre sus investigadores de distintas especialidades, y elaborando una metodología que permitiera mejor acercarse a esta realidad tan compleja y contradictoria como es la nuestra, posiblemente más compleja que en cualquier otra sociedad del planeta. Una metodología compleja, que contempla la utilización y confrontación de varios métodos, no sólo el etnográfico y el etnológico, el histórico y el arqueológico, sino también todos los otros que son capaces de aportarnos algo nuevo en esta búsqueda del conocimiento hacia nosotros mismos, o de contradecirnos para obligarnos a reflexionar nuevamente. Es así como, además de la pluralidad que nos permite nuestra propia disciplina antropológica a través de sus distintas ramas

(en la concepción continental americana de esta disciplina): arqueología, bioantropología, antropología social o etnología, antropolingüística, necesitamos integrarnos a geólogos, paleontólogos, geógrafos, botánicos, palinólogos, científicos de la salud, psiquiatras, biólogos moleculares, etc...

Debemos agregar la importancia para el antropólogo del Sur, y ésta es una de sus mayores diferencias con la antropología del Norte: la del compromiso social que tiene con su propia sociedad, compromiso que no tenían los antropólogos del norte, ya que sus estudios se realizaron sobre las sociedades del sur (las latinoamericanas, las indígenas americanas, las comunidades africanas, las oceánicas, que les interesaban sólo para obtener lo que ellos llamaban “conocimiento”, para publicar artículos en sus revistas, o libros, o simplemente tesis de postgrado).

¿Dónde están en efecto los numerosos antropólogos que vinieron del Norte a estudiar a nuestra población indígena o a nuestra población campesina? Jacques Lizot, Michel Perrin, y tantos norteamericanos, como los de la escuela de Chicago, o de la escuela de Antropología Ecológica ¿Acaso participan como nosotros en este proceso de cambios que estamos viviendo actualmente, queramos o no?...

El antropólogo del sur trabaja en su propia sociedad, donde todos los miembros y todos los grupos humanos pertenecen a un mismo proceso histórico, donde estudiar a los demás es estudiarse a uno mismo, es decir: la llamada “Alteridad” fue un invento europeo y norteamericano, pero no puede ser aplicada a nosotros los antropólogos latinos y caribeños, cuando estudiamos a las sociedades indígenas o afroamericanas, o campesinas andinas, o urbanas, las cuales están comprometidas en el mismo proceso histórico que nosotros, en la misma patria que nosotros, en el mismo tipo de problemas, buscando todos soluciones, aunque a veces diferentes, a causa de nuestra pluriculturalidad...

Hoy, por ejemplo, trabajamos con consejos comunales, lo que significa acercarse a una dimensión sociopolítica y económica de nuestra propia sociedad, podemos rehusar hacerlo pero es de todos modos participar en la misma historia, del lado en que nos situemos... Los del GRIAL trabajamos también con los docentes de la Escuela Básica y del Ciclo Diversificado, para ayudarlos a vencer la alienación histórico-cultural que conocemos bien pues ha sido la de todos nosotros, y debiéramos sentirnos obligados a elaborar programas educativos para hacer participar también nuestra población en nuestra búsqueda científico-cultural, que la concierne a ella como a nosotros y nosotras.

Es decir, Estamos –Al hacer antropología- construyendo una antropología diferente porque comprometida dentro de la sociedad de cada uno de nosotros, y dentro de la sociedad latinoamericana. Esto, forzosamente, lleva a crear nuevas metodologías, a medida que aparecen nuevos enfoques, y estas metodologías no pueden ser las mismas que utilizaron los antropólogos del norte, comprometidos sólo con el conocimiento, un conocimiento que construían fuera de su sociedad, en sociedades muy diferentes a la suya y que no compartían con ellos la misma historia, sólo compartían el hecho de ser humanos todos...

Como todo método complejo, no podemos tampoco definir nuestro método, sino sólo establecer algunos de sus componentes básicos, como dije más arriba, porque nuestra “realidad” venezolana, nuestra “realidad” latinoamericana, además de ser diferentes de las de otros continentes, son las nuestras propias, y van cambiando sin cesar, como lo hace toda realidad, lo que hace que no existe una realidad fija en el tiempo, y al pasar a veces pocos años, esas realidades dejan de serlo, lo que vuelve difícil su construcción y la construcción de los mejores métodos para acercarnos a ellas. Esto constituye naturalmente un gran reto, y para vencer éste, deberemos trabajar probablemente mucho tiempo, observándonos a nosotros y a nuestros contemporáneos, a quienes “estudiamos”, lo que viene a ser nuestro propio estudio, dirigido hacia nosotros mismos y hacia nuestra propia historia, social, cultural y biológica. Sigamos haciendo congresos, de antropología nacional, binacional, internacional de América, de antropología del Sur, y si logramos que nos acompañen en esta búsqueda los otros antropólogos del Sur, como los Africanos, por ejemplo, mejor todavía, podremos publicar más y más nuestras reflexiones sobre nuestras “realidades” del momento, analizarlas y compararlas entre sí y con lo que habían escrito los antropólogos del Norte, y algún día llegaremos a escribir también nuestras propias antologías antropológicas...del Sur-

Bibliografía

- Clarac de Briceño, Jacqueline, 1981: Dioses en Exilio (Representaciones y Prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida), Fundarte, Caracas, 1981, Vicerrectorado Acad., ULA, Mérida, 2003 (2da. edición).
- Clarac de B., Jacqueline, 1985: La persistencia de los dioses, Publ. Del Bicentenario de la ULA, Mérida.
- Clarac de B., Jacqueline, 1992: La enfermedad como lenguaje en Venezuela, Publ. Del CDCHT y del C.P., ULA, Mérida (1996: 2da. ed., CP-ULA, Mérida, 3era. ed, digitalizada, 4ta. Ed. El Perro y la Rana (2013, Caracas).
- Clarac de B., Jacqueline, 1994: La Antropología venezolana y la crisis de la antropología, en Boletín Antropológico Nº 30, Museo Arqueológico-ULA, Mérida
- Clarac, J., L. Meneses y G.Gordones(editores), 1999: Hacia la Antropología del siglo XXI, CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico-ULA, Mérida.
- Lino Meneses, G.Gordones, J Clarac de Briceño (editores), 2007: Lecturas Antropológicas de Venezuela, CONAC, Museo Arqueológico-ULA, Mérida